

En este tiempo una insurreccion habia lanzado del trono de Granada al rey Mohammed el Izquierdo. Uno de sus sobrinos, llamado Aben Osmin, supo esplotar el disgusto del pueblo, derramó mucho oro, celebró sus sesiones secretas con los mas turbulentos y osados, y sorprendiendo una noche el Alcázar de la Alhambra, prendió á su tio Mohammed, que por tercera vez y para siempre caía de un trono que ocupó trece años, y se hizo proclamar emir. Otro sobrino de Mohammed el destronado, llamado Aben Ismail, resentido de su tio, se habia fugado de Granada y refugiádose en Castilla con algunos ilustres caballeros, sus amigos y parciales. Los contrarios del usurpador Aben Osmin, apellidado el *Ahaf* (el Cojo), y principalmente la tribu de los Abencerrages, abandonaron á Granada y se retiraron á Montefrio, donde alzaron pendones por Ismail, el refugiado en Castilla, y le invitaron á que acudiese á tomar posesion del trono que le ofrecian. El príncipe moro, prometiendo á don Juan II. que tan luego como se viese rey de Granada seria su mas fiel amigo y vasallo, obtuvo su venia, y aun le suministró el rey don Juan subsidios y tropas que le acompañaran á Montefrio, donde le esperaban sus parciales, y donde le hicieron su proclamacion (1445). Costosa fué esta proteccion á los castellanos, porque discurriendo Aben Osmin que para sostenerse en el trono necesitaba mostrarse celoso y ardiente musulman, y aprovechando las discordias que á la sazón devora-

ban el reino de Castilla, declaró la guerra á los cristianos, franqueó la frontera, plantó los pendones musulmicos en Benamaurel y Benzalema, y degolló las guarniciones cristianas (1446). Las ciudades y villas del reino de Jaen, Baeza, Ubeda, Martos, Andújar, Linares y otras que hubieron debido ser, como en antiguos tiempos, otros tantos diques contra la irrupcion sarracena, participaban de la anarquía de los partidos de Castilla, y ellas mismas se hostilizaban entre sí, estando unas por el rey y el condestable, otras por los confederados contra don Alvaro. Para mayor desventura acabó de encender la guerra entre los cristianos del reino de Jaen una cuestion entre los caballeros de Calatrava sobre la eleccion de gran maestro de la órden, formándose dos partidos encarnizados, que llegaron á pelear furiosamente entre sí, siendo caudillo de uno el valeroso don Rodrigo Maurique, el hijo del adelantado mayor de Leon y conquistador de Huescar; del otro don Luis de Guzman y el afamado justador Juan de Merlo. En un combate que tuvieron en Hardon quedó vencido don Rodrigo Maurique, pero perdió la vida Juan de Merlo, terror de los caballeros granadinos, famoso en todas las córtes de Europa por su esfuerzo y por su destreza en el manejo de las armas, ilustre aventurero que allá se presentaba do quiera que los príncipes de Italia, de Francia ó de Alemania emplazaban justadores para las fiestas reales, y que en dos célebres torneos habia te-

nido la gloria de vencer al orgulloso borgoñon Micer Pierres de Bracamonte, señor de Charni, y al altivo caballero Enrique de Remestan.

Grandemente se prevaleció de la anárquica situación de Andalucía y Castilla el rey Cojo Aben Osmin de Granada para escitar el orden religioso de los musulmanes y persuadirles de la oportunidad de pasear los pendones agarenos por las tierras de los cristianos. Publicóse en las mezquitas la guerra santa, y el mismo emir á la cabeza de numerosos escuadrones, abandonando los voluptuosos salones de la Alhambra, dirigióse primero á lanzar de Montefrío á los rebeldes Abencerrages, partidarios de Ismail, y entró seguidamente á sangre y fuego por las campiñas de Huescar, Galera, Castilleja y los Velez, teatro en otro tiempo de las proezas y glorias de los Manriques y los Fajardos. Esclavizando mancebos y doncellas, apresando ganados é incendiando poblaciones, llevó su devastadora correría á los fértiles campos de Murcia. El capitán don Alvaro Tellez Giron se tuvo por afortunado con poder refugiarse en la fortaleza de Hellin, despues de muertos ó cautivos los soldados de su hueste (1447). Los moros regresaron victoriosos y cargados de botín á Granada, á prepararse para nuevas algaras por las comarcas de Antequera, Estepa y Osuna ⁽¹⁾.

(1) Conde, Domin. p. IV. capítulo 31 y 32.—Crónica de don Juan II. Años 45, 46 y 57.—Argote de Molina, Nobleza, lib. II.—Jimena, Anal. de Jaen.—Mármol, Descripción, etc. lib. II.—Zúñiga, Anal. de Sevilla, lib. X.

¿Qué hacia el rey don Juan II. de Castilla mientras los sarracenos corrian impunemente sus mejores provincias y le arrebatában las mejores conquistas de los primeros tiempos de su reinado? El desdichado don Juan veia á su propio hijo, siempre inducido por el marqués de Villena á fin de estrecharle á que le hiciese nuevas mercedes y acrecentase su estado, tratar otra vez no muy secretamente con el almirante y el conde de Benavente. Veia al condestable don Alvaro dispensar mercedes á sus antiguos enemigos para apartarlos de la alianza del príncipe. Veia á éste juntar sus gentes en Almagro, otra vez en abierta rebelion contra su padre. Veia por otra parte al rey de Aragon nombrar maestre de Santiago á don Rodrigo Manrique, enemigo del rey don Juan, no obstante la eleccion hecha por éste en el condestable, y á don Rodrigo tomar el título de maestre, protegido por el hijo mismo del rey. Veia á su mas hábil y leal servidor el obispo don Lope de Barrientos no poder posesionarse de su ciudad de Cuenca sin sostener serios combates con don Diego Hurtado de Mendoza que se negaba á entregarla. Veia que el rey de Navarra no cesaba de acometer sus villas fronterizas y de talar y robar sus campos. Veia en fin arder de nuevo en el reino la llama de la guerra civil, y molestadas y corridas sus fronteras por los soberanos de Aragon, de Navarra y de Granada. Y á pesar de situación tan angustiosa, no por eso dejaba de celebrar solemnemente sus

bodas en Madrigal (agosto, 1447) con la infanta de Portugal, doña Isabel, porque así había sido la voluntad de su condestable y maestre de Santiago.

Sucedióle á don Alvaro de Luna con haber proporcionado al rey don Juan esta esposa, lo que al ministro Alburquerque cuando puso al rey don Pedro en ocasión de entablar amorosos tratos con doña María de Padilla; que queriendo afianzar sobre una base sólida su favor y hacerle indestructible, se labraron su propia ruina. El rey don Juan se aficionó á su nueva esposa, y como al propio tiempo hubiera comenzado á disgustarse del favorito que se había tomado la libertad de deparársela sin consultar su voluntad, hizo participante á la reina del disgusto que ya hacía el condestable sentía, y halló muy dispuesta á perder al valido la misma que le debía la corona, y aun tomó á su cargo preparar convenientemente la prision del condestable. Pero mantúvose esto secreto, y el rey y la reina se vinieron á Valladolid.

Una tregua de siete meses que allí se pactó con los procuradores de Aragon dejó al rey un tanto desembarazado por aquella parte. Mas las intrigas interiores del reino comenzaron á tomar un nuevo giro, mas peligroso y de peor carácter que nunca. El maestre de Santiago don Alvaro de Luna, y el marqués de Villena, privado del infante, en union con el obispo de Avila don Alonso de Fonseca, se confederaron entre sí al intento y con el designio de ser ellos solos

los que gobernáran á su placer y sin estorbo ni embarazo al monarca y al príncipe. Al efecto acordaron que era menester prender al almirante y á su hermano don Enrique, á los condes de Benavente, de Castro, y de Alva, y á los hermanos Quiñones, Pedro y Suero; siendo de notar que si estos personajes los mas habían sido enemigos del condestable, una vez perdonados por el rey despues de la batalla de Olmedo, le servian bien y fielmente, y en cuanto al conde de Alva, había seguido siempre á don Alvaro de Luna y sido uno de sus mayores favorecedores. El obispo Fonseca fué el encargado de manejar la forma como habían de ejecutarse estas prisiones. El rey y el príncipe, tan pronto desavenidos como reconciliados, tan pronto enemigos como amigos, segun lo que les sugirían sus respectivos privados, fueron llevados, el uno á Tordesillas y el otro á Villaverde. Habíase dispuesto que se viesen y hablasen al medio camino, y de estas vistas y pláticas resultaron los mandamientos de prision contra los mencionados personajes segun el plan de los dos validos y obispo Fonseca, los cuales todos fueron destinados á diferentes castillos, á escepcion del almirante y el conde de Castro que lograron salvarse y buscaron un asilo en Aragon, donde se acordó que el almirante pasára á Nápoles á pedir favor y ayuda al monarca aragonés contra el rey de Castilla (1448). Estas prisiones movieron gran turbacion y general escándalo en el reino, y grandes y pe-

queños las sintieron y reprobaron. Sin embargo, irabiendo el rey, por consejo de don Alvaro de Luna, convocado los procuradores de las ciudades, propuso á su aprobacion, primero la concordia con su hijo, y segundo el repartimiento que pensaba hacer de todos los bienes de los condes presos y fugados. En aquellas c6rtes, ya degeneradas, los representantes del pueblo iban dando por buena y santa la medida propuesta por el rey, hasta que Mosen Diego de Valera pronunci6 en contra un en6rgico y juicioso razonamiento. Enoj6se el rey, no quiso oir mas, abandon6 las c6rtes, y los procuradores se retiraron á Valladolid.

En esto el conde de Benavente con ayuda de algunos de sus criados, logr6 fugarse de la fortaleza de Portillo en que le tenian, y se fortific6 en su villa de Benavente. Mas con noticia de que el rey don Juan marchaba contra 6l desde Ar6valo con muchas compa1as, sali6 de la villa y se refugi6 en Portugal.

Parecia, no obstante, pesar sobre la infeliz Castilla una sentencia fatal que la condenaba á pasar por una cadena de interminables revueltas y perturbaciones, que hacen casi imposible al historiador dar algun 6rden á tanta multitud de sucesos, siquiera no apunte sino los mas notables que ocurrían en cien puntos á un tiempo en aquel confuso y revuelto caos. Mientras el rey se apoderaba de Benavente, defendida por los vasallos del fugitivo conde, por la parte de Requena y Utiel entraban compa1as de aragoneses que

batian y desbarataban á los fronteros castellanos; y don Alfonso, hijo bastardo del rey de Navarra, con otros caballeros y capitanes de aquel reino y hasta seis mil soldados, entre los cuales venían muchos moros del reino de Valencia, acometían la ciudad de Cuenca, peleaban carnizadamente con el obispo y con los caballeros de Castilla, si bien no pudieron tomarla, y hubieron de retirarse huyendo de don Alvaro de Luna que acudi6 con su gente. Los moros de Granada estendían impunemente sus algaras casi al interior de Castilla, llegaban muchas veces hasta los arrabales de Jaen, amenazaban cercar á C6rdoba, y ofrecían su amistad al rey de Navarra. El almirante don Fadrique, que habia ido á Nápoles á pedir ayuda al rey de Aragon contra Castilla, volvi6 á Zaragoza con poderes de aquel soberano para que de las rentas de su reino se pagara al de Navarra la gente con que hubiera de hacer la guerra al castellano: y desde Zaragoza, e rey de Navarra, el almirante y el conde de Castrol llegaron á entenderse otra vez con el príncipe de Asturias, con los marqueses de Villena y Santillana, con los condes de Haro y de Plasencia y con otros nobles castellanos, siendo el objeto de esta nueva conjura libertar los presos y derribar otra vez al condestable. Y al propio tiempo estallaba en Toledo una sublevacion popular que habia de dar mucho que hacer al monarca y á su valido (1449).

Fué la causa de este levantamiento un empréstito forzoso que el privado don Alvaro de Luna habia pedido á la ciudad. Alborotóse el populacho, y al toque de la campana mayor se apoderó de las puertas y torres, quemó la casa del rico comerciante Alfonso Cota, que era el recordador del empréstito, y todo el mundo obedeció á la voz de un mercader de odres, autor principal del bullicio, porque decian hallarse escrito en una piedra en antiguas letras góticas: *Soplará el odrero, y alborozarse ha Toledo*. Adhirióse al movimiento popular el gobernador Pedro Sarmiento, que tenia el alcázar por el rey y era su alcalde mayor, y se erigió en cabeza de la rebelion, diciendo á los toledanos que él defenderia sus antiguos privilegios que el condestable queria atropellar, y so pretesto de que algunos trataban de entregar la ciudad al rey tomó las haciendas y bienes de los mas ricos ciudadanos. Dirigióse el monarca desde Benavente á sofocar el tumulto, mas al acercarse á la ciudad envió á decir Pedro Sarmiento que no le permitiria la entrada mientras le acompañase el condestable y maestre de Santiago, que hacia treinta años estaba tiranizando el reino; y como el rey insistiese en querer entrar, hicieron los de dentro jugar las lombardas contra la hueste y las banderas reales, teniendo el soberano y su favorito que retirarse á Illescas, Avila y Valladolid, y atender de nuevo al conde de Benavente que entretanto regresó de Por-

tagal y se volvió á fortificar en su villa. Entonces Pedro Sarmiento llamó á Toledo al príncipe don Enrique y le entregó la ciudad, pero no las puertas ni los puentes, ni el alcázar, á escepcion de dos puertas que le dejó libres para entrar y salir. Supo luego el príncipe que algunos individuos del cabildo y del ayuntamiento andaban en tratos con el rey su padre para darle la ciudad, y haciéndolos prender, á unos mandó ajusticiar y arrastrar y á otros encerró en fortalezas; ¡ tanta era ya la enemiga entre el hijo y el padre!

Continuó la rebelion de Toledo hasta 1450, en que habiendo vuelto el príncipe de una expedicion á Roa y Segovia, acompañado del marqués de Villena don Juan Pacheco, de su hermano don Pedro Giron, maestre de Calatrava, del obispo de Cuenca don Lope Barrientos y de otros varios caballeros y gentileshombres, por consejo de éstos intimó á Pedro Sarmiento que entregáran el alcázar al maestre de Calatrava y desocupára la ciudad. Trabajo costó reducir al rebelde caudillo, y fué menester toda la energia y toda la sagacidad del obispo de Cuenca para someterle. Al fin cedió, á condicion de que se le permitiera salir de la ciudad llevándose todos sus haberes, condicion á que condescendió indiscretamente el príncipe. Tan luego como don Enrique se posesionó del alcázar hirieron sus oidos lamentos y voces lastimeras que de la parte de un calabozo venian. Mandó des-

cerrar las puertas de aquella prision, y se ofreció á sus ojos el horrible espectáculo de multitud de hombres honrados de Toledo, de mugeres casadas y viudas, á quienes Pedro Sarmiento habia robado cuanto tenían en sus casas, y luego los dejaba consumir en aquel abovedado subterráneo. A pesar de esto todavía se permitió al terrible Pedro Sarmiento sacar de la ciudad hasta doscientas acémilas cargadas con el fruto de sus escandalosos robos, en que habia de toda especie de objetos, joyas de oro y plata, tapicería, paños y lienzos de Holanda, de Flaydes y de Bretaña, colchas, brocados y todo género de alhajas, «que la casa que él mandaba robar, dice el cronista, hasta dejarla vacía no la dejaban (1).» Levantaban el grito hasta el cielo los toledanos al ver en el arrabal las bestias cargadas con las riquezas y objetos que á ellos les habian sido arrebatados, y con todo esto el príncipe no solamente no impidió su salida, respetando la palabra que habia empeñado á Pedro Sarmiento, sino que la presenció y autorizó hasta que el gran depredador y su gente se despidieron y pusieron en salvo. Asi entendian el derecho coman los príncipes de aquel tiempo (2).

Cuando esto acontecia, habíase formado la segunda gran confederacion contra el condestable y maestre

(1) Perez de Guzman, en la Crón. de don Juan II. pág. 548.

(2) Este célebre despojador Pedro Sarmiento corrió despues

mil aventuras, y anduvo casi siempre desterrado, y murió perlático, «y ansí él como todo lo que robó, dice la crónica, obo mala fin.»

de Santiago don Alvaro de Luna, en la cual entraban el príncipe don Enrique, el rey de Navarra, el almirante don Fadrique, los marqueses de Villena y de Santillana, los condes de Castro, de Haro y de Plasencia don Rodrigo Manrique, nombrado por el rey de Aragon maestre de Santiago, el maestre de Calatrava y otros muchos nobles y caballeros, que habian celebrado al efecto una reunion en Coruña del Conde, villa entonces de don Pedro Lopez de Padilla. Para descomponer esta liga trataron el rey y el condestable con el de Navarra, y quedó concertado que el almirante y el conde de Castro volviesen al reino, donde les serian restituidas todas las tierras, rentas y señoríos, y que igualmente don Alfonso, hijo del rey de Navarra, vendria á posesionarse del maestrazgo de Calatrava, no obstante estar dado á don Pedro Giron, hermano del marqués de Villena (1451). Hacian esto con objeto de quitar aliados al príncipe, pero éste por su parte hacia trasladar á Toledo al conde de Alva, y ponía en libertad á Pedro de Quiñones bajo juramento de que habia de negociar con el almirante y conde de Benavente, sus dos cuñados, que siguieran las banderas del príncipe, apartándose de todo otro partido. Era esta una madeja interminable de intrigas, en que es escusado buscar ni consecuencia, ni lealtad, ni fé en ninguno de los personages. Asi á poco tiempo de esto vemos otra vez, unidos al rey, al príncipe y al condestable, entrar el rey en Toledo, ciudad que solo

habia querido entregarse á su hijo, y con anuencia de éste darse la tenencia del alcázar y la guarda de las puertas á don Alvaro de Luna, contra quien parecia haber sido toda la rebelion toledana, y contra quien parecia conspirar sin descanso el príncipe. Seguidamente se ve al hijo del rey llegar la guerra á Navarra, con cuyo monarca se habia confederado un año antes en Coruña del Conde contra el condestable, cercar á Estella, y retirarse á suplicacion que hizo al rey de Castilla el príncipe de Viana, hijo del navarro. Y por otra parte se ve á Alfonso Enriquez, hijo del almirante don Fadrique, á quien acababan de favorecer el monarca y el condestable, rebelarse en Palenzuela contra el rey y contra don Alvaro, y costar el sitio y rendicion de esta villa una campaña en que estuvo muy en peligro de perder la vida el condestable y maestre de Santiago. En medio de este laberinto de guerras y de intrigas habia nacido en Madrigal (13 de abril, 1451) la princesa Isabel, que el cielo destinaba á ocupar un día el trono castellano, á curar las calamidades del reino, y á asombrar con su grandeza la España y el mundo.

En Granada y en Castilla se iban á realizar casi simultáneamente sucesos altamente importantes y trágicos, que aunque preparados de atrás, comenzaron á marchar hácia su desenlace en ambos reinos en 1442. Daremos antes cuenta de la catástrofe horrible de Granada, para venir despues á la tragedia con que

terminó el largo y complicadísimo reinado de don Juan II. de Castilla.

Hallándose enfermo en su villa de Marchena el conde de Arcos don Juan Ponce de Leon, solicitó hablarle un moro llamado Mofarris que acababa de convertirse á la fé cristiana, y al recibir el agua del bautismo habia tomado el nombre de Benito Chinchilla. Este converso reveló al capitan cristiano que una hueste de infieles habia salido de Granada y avanzaba sobre Marchena: el conde, doliente como estaba, saltó del lecho, pidió y se ajustó su armadura, mandó tocar alarma, y salió con su gente en busca del enemigo. Emboscó sus guerreros entre unas breñas y al lado de un barranco por donde tenian que pasar los musulmanes, y cuando estos llegaron arremetió impetuosamente y de improviso sobre ellos, y los desordenó y desbarató, quedando en el campo sobre cuatrocientos infieles atravesados por las lanzas cristianas. Este descalabro picó vivamente el orgullo del rey Aben Osmin el Cojo, que determinó vengarle enviando una numerosa cabalgada á los campos de Levante al mando del jóven Abdilvar, el campeon mas esforzado y mas apuesto de Granada. Incorporáronsele en su marcha otros caudillos, entre ellos el *Intrépido* Malique (Malik), alcaide de Almería, que capitaneaba los moros mas feroces del reino, montañeses de la sierra de Gador, acostumbrados á una vida agreste y desenfrenada. Con estos y otros alcaides que se le

reunieron, avanzó Abdilvar á los confines de Murcia y Cartagena. Tenia el gobierno de Lorca el capitán cristiano Alfonso Fajardo, á quien por su carácter inflexible y adusto llamaban el *Malo*, pero á quien sus hazanas le habian valido tambien el sobrenombre de el *Bravo*. Este caudillo hizo tocar á rebato todas las campanas de la ciudad, celebró una procesion religiosa para enardecer en la fé á sus guerreros, y lo consiguió hasta el punto, que cuando salió á batir los infieles, se vió marchar entre las filas un viejo hidalgo, llamado Pedro Gabarron, que llevaba consigo doce hijos, algunos de ellos tiernos todavía, y como le preguntasen á dónde iba con aquellos niños, respondió: «Llevo estos doce cachorros para que se ceben como leones en sangre mora, y cobren aliento para las batallas.» El brio de los soldados de Alfonso Fajardo correspondió al entusiasmo que habia sabido inspirarles. Dada la batalla en las cercanías de Lorca, fué tal el ímpetu con que al grito de ¡Santiago! arremetieron los cristianos, que nada pudo resistir al empuje de sus aceros; horrible fué la mortandad de los infieles: allí perecieron los aliados moros de Baza, de Huescar, de Cúllar, de Vera, de los Velez y de Almería: Malique el *Intrépido* cayó anegado en su sangre, traspasado por la adarga misma de Alfonso Fajardo: querian los soldados cortarle la cabeza, pero el bravo Fajardo lo impidió y le hizo curar. Un arranque de arrogancia del cautivo moro al ser llevado á Lorca irritó á los solda-

dos cristianos y le despedazaron con sus espadas. Entraron los vencedores en la ciudad á son de trompetas y repique de campanas; á los pocos dias, con motivo ó con pretexto de una conspiracion, todos los moros prisioneros fueron cruelmente degollados. El jóven Abdilvar, el gallardo gefe de la infortunada espedicion, el único que habia podido salvarse con algunos restos de su destrozada hueste, fué recibido en Granada con adusto ceño por el rey Aben Osmin: cuando se le presentó, díjole el desesperado emir en un arrebato de ira: «*Abdilvar, puesto que no has querido morir como bueno en la lid, morirás como cobarde en la prision.*» Y le mandó matar; y conducido á una mazmorra, las cuchillas de los verdugos no tardaron en tronchar el cuello del ilustre y desventurado musulman ⁽¹⁾.

Desde entonces Aben Osmin el Cojo se hizo tan desabrido y cruel, como orgulloso y altivo le habian hecho sus anteriores triunfos sobre los cristianos. Convirtió su furor contra sus propios súbditos, y volvióse tan sanguinario, y ejerció tantos y tales actos de tiranía, que concitó contra sí un odio universal, y ya no pensaban sus vasallos sino en la manera de deshacerse de quien con tanta iniquidad los trataba. Naturalmente volvian los ojos hácia los Abencerrages refugiados en Montefrio con Aben Ismail (1452), el cual

(1) Conde, Domin., part. IV., Lorca, p. II., lib. 3.—Cascales, cap. 31.—Crón. de don Juan II., Discurs. Histor. de Murcia, pág. 556.—Morote, Blasones de

noticioso del disgusto y de las disposiciones de los granadinos, y protegido por el rey don Juan II. de Castilla, no tardó en decidirse á abandonar su asilo, y se presentó con pendones desplegados en la vega y casi á las puertas de Granada. Salióle al encuentro su primo Aben Osmin con los partidarios que aun le quedaban; pero trabado el combate, y habiéndole sido adversa la suerte, tuvo Aben Osmin que retirarse al abrigo de los muros de la ciudad con las reliquias de su caballería. Ardiendo en ira y en deseos de venganza, mandó que concurriesen á la Alhambra, con pretexto de pedirles consejo acerca de lo que debería hacer en su situación, los principales caballeros granadinos de quienes sabia ó sospechaba que le eran desafectos. Luego que los tuvo reunidos en uno de los salones del magnífico palacio, con desapiadada fiereza ordenó á sus satélites que los degolláran, y el bárbaro mandamiento fué instantáneamente ejecutado. Alborotóse con esto la ciudad proclamando á Ismail: el desatentado emir no se creyó ya seguro en aquella fortaleza, y se fugó con algunos de sus privados, internándose en las fragosidades de la sierra ⁽¹⁾.

Con esto entró Ismail en Granada, siendo aclama-

(1) Conde, ubi sup.—El más moderno historiador de Granada, Lafuente Alcántara, cree que esta terrible ejecución fué la que dió nombre á la sala llamada de los *Abencerrages*, contigua al patio de los Leones, apartándose en esto

de la tradición y de otras historias que atribuyen el origen de aquel nombre al sangriento suplicio de los *Abencerrages*, ejecutado algun tiempo despues por Boabdil, á lo cual nos inclinamos nosotros.

do con gran pompa, si bien con el sentimiento de sentarse en un trono salpicado con la sangre de esclarecidos y nobles musulmanes, porque era Aben Ismail hombre de generoso corazón y amante de la justicia y de la paz. Desde luego la hizo con el rey de Castilla su protector, reconociéndose su vasallo y tributario, y haciéndole el debido homenaje; pero duró poco, por la muerte que luego sobrevino á este monarca, como ahora habremos de referir.

Veamos ya el desenlace que entretanto tuvieron las cosas de Castilla, por lo que hace al personage principal que por su inmenso poder, por ser el que de hecho ejercia la soberanía, y por ir encaminadas contra él todas las tramas y conspiraciones, absorbe casi todo el interés de este reinado ⁽¹⁾.

Indicamos ya que el rey deseaba desembarazarse

(1) En casi todas las historias generales hallamos el reinado de don Juan II. tratado tan á la ligera que apenas puede formarse una escasisima idea de él, y forma un verdadero contraste con la difusa é interminable prolijidad de las dos crónicas que de él tenemos: prolijidad que en parte justifica la duración misma de un reinado de cerca de 48 años de gran movimiento interior, y nutrido de acontecimientos, que aunque enojosos, por su complicación, por cierta especie de monotonía, y por estar constantemente dividida la atención entre los muchos personages que en ellos figuran, no es posible omitirlos, siquiera sea desembarazándolos de sus porme-

nos, si se ha de conocer este importante período de nuestra historia. Romey, que dedicó un volumen entero al reinado de don Pedro, consagra solo unas poquitas páginas al de don Juan II., y casi puede decirse que le deja tan en blanco como dejó el de doña Urraca. Mariana, aparte de varias inexactitudes que comete, de tal manera envuelve é involucra, según su costumbre, los sucesos de Castilla con los de Navarra, Francia, Nápoles, Sicilia y otros puntos, que sobre ser ellos de por sí harto complicados, aumenta grandemente su confusión, y no es fácil tarea llevar el hilo y comprender el orden y sucesión de los acontecimientos.